

UNA PERSPECTIVA FEMENINA DEL PENSAMIENTO EVOLUTIVO

Carolina Martínez Pulido
Universidad de La Laguna

RESUMEN

En los estudios evolutivos modernos, el paradigma teórico dominante continúa siendo la selección sexual, definida por Darwin como un componente de la selección natural relacionado con la competición reproductiva. Existen dos tipos de mecanismos de selección sexual: las interacciones dentro de los sexos (es decir, selección intrasexual), y las interacciones entre los sexos (o sea, selección intersexual). Según Darwin, los machos compiten entre ellos para tener acceso a las hembras, y ellas eligen al mejor de los contendientes. Las investigaciones relacionadas con conductas de apareamiento no siempre sostienen esta visión de la sexualidad. Desde los años setenta del siglo XX diversos estudios han demostrado que lejos de ser recatadas, las hembras de un amplio rango de especies elaboran sus propias estrategias y tratan de aparearse con más de un macho.

PALABRAS CLAVE: estudios evolutivos, selección intrasexual, selección intersexual, comportamiento sexual de las hembras.

ABSTRACT

«A Feminine Perspective of the Evolutionary Thought» In modern evolutionary studies, sexual selection continues to be the dominating theoretical paradigm. Sexual selection was defined by Darwin as a subset of natural selection having to do with reproductive competition. There are two subsets of mechanisms of sexual selection: within-sex interactions (*i.e.*, intrasexual selection), and between-sex interactions (*i.e.*, intersexual selection). According to Darwinian sexual selection, males compete among themselves for access to females, and females choose the best male from the contestants. Studies of mating behaviour across animals don't always support this view of sexuality. From the 1970s onward, study after study has shown that far from being coy, females in a wide range of species forge their own strategic way and attempt to mate with more than one male.

KEY WORDS: evolutionary studies, intrasexual selection, intersexual selection, sexual female's behaviour.

INTRODUCCIÓN

Cuando el célebre naturalista inglés Charles Darwin publicó en 1871 su libro *El origen del hombre*¹, defendiendo su visión acerca de la inferioridad «natural» de las mujeres, sólo dos autoras se manifestaron públicamente en contra de tal aseveración. Fueron Antoinette Brown Blackwell², que sostenía la equidad evolutiva entre hombres y mujeres, y Eliza Burt Gamble³, quien argumentaba a favor de la superioridad femenina. Estas pioneras pretendieron abrir el camino a un debate sobre la participación de la mujer en los orígenes humanos, que podría haber alcanzado cierta relevancia. Sin embargo, en aquellos momentos tales asuntos no despertaron ningún eco, ni estimularon discusión pública alguna. Una vez más, las ideas «contracorriente» serían silenciadas por la indiferencia en vez de por los cañonazos de la ortodoxia dominante.

Durante un largo lapso de tiempo, las nuevas disciplinas científicas nacidas en las últimas décadas del siglo XIX compitieron entre ellas por demostrar que «por naturaleza» las capacidades de las mujeres eran inferiores a las de los hombres; y en consecuencia, sus actividades debían limitarse al ámbito de lo doméstico, a lo que no implicase esgrimas intelectuales del saber, mientras que una esfera como la pública sólo correspondía en exclusividad a los varones. Al parecer, la responsabilidad de la *res* pública tenía alguna reserva genética a favor de seguir alimentando una situación acorde con lo tradicionalmente aceptado, sin que las tesis darwinianas convulsionaran los clichés que impregnaban al pensamiento oficial bendecido por expertos y «aceptados» por el público, en general. Sólo bien entrado el siglo XX esa admitida inferioridad femenina empezó a cuestionarse con grietas derivadas del rigor y el coraje, principalmente gracias al *argumentario* esgrimido por las mujeres que comenzaban a ligarse al mundo académico.

Se publicaron entonces serios estudios que denunciaban sin ambigüedades el acusado sesgo androcéntrico de los modelos propuestos para explicar el origen y el comportamiento de los primeros humanos. Una tarea que se reveló muy dura debido al posicionamiento alcanzado por esas ideas recalcitrantes, hasta el punto de que no son pocas las concepciones acerca de la inferioridad femenina que han pervivido en la sociedad hasta el presente⁴. Señalemos, por ejemplo, el consabido

¹ C. DARWIN, *El origen del hombre*. Madrid, EDAF, 1970, (1ª ed. 1871).

² A.B. BLACKWELL, *The Sexes Throughout Nature*. Nueva York, Wesport Hyperion Press, 1976, (1ª ed. 1875).

³ E.B. GAMBLE, *The Evolution of Woman: An Inquiry into the Dogma of Her Inferiority to Man*. Nueva York, Putnam's Son, 1893.

⁴ Valga como botón de muestra las declaraciones del rector de una de las universidades más prestigiosas del mundo, la de Harvard, realizadas en marzo de 2005. En un conferencia sobre las diferencias de rendimiento entre hombres y mujeres, Lawrence Summers, que así se llamaba el rector, sentenciaba que los menores logros de las mujeres científicas en general y en matemáticas en particular podrían deberse a «diferencias innatas entre los sexos». Hay que señalar, no obstante, que

asunto del tamaño del cerebro, que ha constituido una de las principales armas de manipulación ideológica para justificar inferioridades innatas de capacidad o inteligencia en las mujeres. Como ha escrito M. Ángeles Querol (2004)⁵,

La presentación del tamaño del cráneo sin contexto de proporciones ha servido para afianzar, dentro de la cultura occidental, ese refinado tipo de racismo, casi nunca explícito, que define a las mujeres como seres inferiores a los hombres por obra y gracia de la propia naturaleza (la sustituta de Dios), justificando así actitudes de desigualdad, explotación e injusticia.

En esa misma línea argumental, recordemos a Stephen J. Gould quien, en su celebrada obra *La falsa medida del hombre*⁶, apuntaba que la Biología evolutiva entró en el siglo XX convencida de que los negros, las mujeres y otros grupos eran intelectualmente inferiores y estaban biológicamente más próximos a los demás animales. El reputado experto insistía asimismo en que los científicos no se limitaban simplemente a repetir sus prejuicios culturales. De hecho, se esforzaban por sostener que sus creencias acerca de la inferioridad de las mujeres eran demostrables con investigaciones supuestamente empíricas inspiradas en ciertas especulaciones evolutivas. El «formato de lo moderno» envolvía a un material reaccionario ya convencido.

Hoy puede afirmarse que la Antropología, la Arqueología, la Paleontología, la Prehistoria o la Biología, todas sirvieron de paraguas para explicar la vida de los primeros humanos sobre la base de modelos repletos de asunciones sobre los hombres y las mujeres occidentales actuales. Ahora bien, esos modelos convertían sin reparos el pasado en una elaboración cultural que estaba empapada de puntos de vista de un presente poco actualizador.

1. EL ORIGEN DE LA BIFURCACIÓN ANALÍTICA. LAS PRIMATÓLOGAS CUESTIONAN LA SELECCIÓN SEXUAL DARWINIANA

Al igual que ha ocurrido con diversas disciplinas científicas, el clima social que empezaba a emerger en la década de los setenta potenció una serie de cuestionamientos acerca del papel de las mujeres en los orígenes de la humanidad. Se consolidaron entonces posturas críticas, principalmente impulsadas por investigadoras especializadas capaces de cuestionar lo dicho por el mismo Darwin cuando afirmaba que la evolución había propiciado que los hombres fueran «superiores a

pocos días después Summers pidió públicamente disculpas por esta afirmación que había levantado «hogueras» de rechazos.

⁵ M.A. QUEROL, *La mujer en «el origen del hombre»*. Barcelona, Bellaterra, 2004.

⁶ S.J. GOULD, *La falsa medida del hombre*. Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, 2004.





las mujeres tanto física como mentalmente». En el amplio abanico de respuestas generado por tales aberraciones, los estudios procedentes del rico ámbito de la Primatología⁷ ocupan en la actualidad un interesante lugar. Y las primatólogas, junto a algunos de sus heterodoxos colegas, se atrevieron a arrojar luz sobre el comportamiento humano básico y sus lejanos orígenes.

En lo que respecta a los comportamientos sexuales femeninos y masculinos, el enorme ascendente que tuvo la obra darwiniana justifica que recordemos someramente sus principales conclusiones. En su segunda obra importante, *El origen del hombre*, Darwin definía la *selección sexual* como la competencia existente entre los machos de una misma especie para tener acceso a las hembras fértiles que normalmente suelen elegir por compañero aquel que ha vencido a sus rivales. Un proceso que significaba optar por el mejor de los contendientes. Con esta noción el científico asumía la existencia de dos conjuntos de mecanismos evolutivos presentes en los animales que necesitan de una pareja para reproducirse: a) las interacciones dentro del mismo sexo (es decir, selección intrasexual debida a la competencia entre los machos), y b) las interacciones entre sexos distintos (o sea, selección intersexual como resultado de la elección que realiza la hembra para aparearse). No debe olvidarse, sin embargo, que ambos casos facilitan el éxito reproductivo diferencial de los machos, ya que el triunfador en la competencia con sus congéneres era el escogido por la hembra. De todo ello derivaba la transmisión a su descendencia de aquellos caracteres que le habían permitido vencer y conquistar. Las primicias del grupo según el paradigma.

La investigadora Griet Vandermassen (2004)⁸, junto a otros intérpretes del tema, ha subrayado en este sentido que el «premio» de los ganadores en el contexto sexual no es la supervivencia, sino el dejar más descendientes. No obstante, continúa esta experta, aunque fueran las hembras las que elegían machos con determinados caracteres sexuales secundarios, Darwin dejaba claro, sobre todo en lo relacionado con la especie humana, que la selección sexual no dependía «de la lucha por la supervivencia, sino de la lucha entre los machos por la posesión de las hembras». En consecuencia, se debe concluir que ellas habrían de permanecer pasivamente a la espera del ganador de tales contiendas.

La paradoja encerrada en el núcleo de la tesis darwiniana, las hembras son pasivas y al mismo tiempo eligen a su pareja, ha llevado a que algunas autoras sostengan que para el naturalista la elección femenina era tan importante como la competición macho-macho. Para el bien de la Ciencia, después de la muerte del científico

⁷ La Primatología es una disciplina muy diversa dedicada al estudio de los primates (los monos y los grandes simios, principalmente). Los primatólogos forman parte de departamentos de Biología, Antropología, Psicología y otras áreas complementarias de conocimiento. Está estrechamente relacionada con la Antropología física, que es la primatología del género *Homo*, especialmente de *Homo sapiens* y de sus antepasados.

⁸ G. VANDERMASSEN, «A tale of male bias and feminist denial». *European Journal of Women's Studies*, vol. 11, núm. 1 (2004), pp. 9-26.

y de su militancia más seguidista, el tema de las preferencias de la hembra se fue minusvalorando cada vez más. Al respecto, la bióloga Patricia Gowaty⁹ afirma que «una de las nociones que potencialmente más han inducido a error en la biología evolutiva», ha sido la competición macho-macho y la inactividad femenina.

Sobre este controvertido asunto, expertas de distintas disciplinas y también algunos expertos subrayan que por encima de todo debe tenerse en cuenta que la selección sexual no actúa sólo en los machos: también lo hace en las hembras. Los caracteres comunes y utilitarios de éstas pueden asimismo explicarse por selección sexual, aunque, como irónicamente expresara Patricia Gowaty, «haya originado en las hembras rasgos menos obvios para los observadores cerebros humanos visualmente sesgados».

En concreto, según cuidaban de enfatizar las especialistas, la competencia entre machos y la elección que realiza la hembra sólo constituyen dos de los ejemplos posibles entre los mecanismos de la selección sexual. Concurren además otros comportamientos: son los que atañen al éxito reproductivo de las hembras y que tienen que ver con la competencia existente entre ellas y la elección que hace el macho para aparearse. Tópicamente, sin embargo, estos dos tipos de comportamiento (insistimos, la elección de los machos de su pareja y la competencia hembra-hembra), que están relacionados con la evolución de los rasgos femeninos, se han considerado evolutivamente menos importantes. Esta falta de interés podría deberse a múltiples razones, aunque la mayor parte de los especialistas señala que una causa probable radica en que la estructura de las teorías dominantes tiende —y ha tendido aún más en el pasado— a centrar su atención en los machos. Los rasgos de las hembras, por tradición, despiertan una curiosidad notablemente menor.

De lo expuesto puede concluirse que los estudios sobre los comportamientos sexuales femeninos y masculinos han estado, y aún siguen estando, apoyados en un importante entramado de datos y observaciones supuestamente objetivos con los que se ha pretendido constatar de forma empírica conductas preconcebidas. El corolario es bien conocido: pasivas y recatadas en las hembras, vehementes y promiscuas en los machos.

2. EL FILTRO DE LAS EVIDENCIAS: LAS HEMBRAS PRIMATES NO SE COMPORTAN COMO SE ESPERABA

Con la llegada de las mujeres al ámbito de estudio de la conducta animal, empezó a prestarse una atención notablemente mayor a los intereses y estrategias de las hembras en su entorno natural. Los resultados obtenidos han sido en muchos

⁹ P. GOWATY, «Sexual dialectics, sexual selection, and variation in reproductive behaviour», en P.A. GOWATY (ed.), *Feminism and Evolutionary Biology*, Nueva York, International Thomson Publishing, 1997, pp. 351-384.

casos sorprendentes por lo inesperado. Como apuntaba Carole Jahme (2000)¹⁰, «las primatólogas recorrieron el velo que nos dio a conocer cómo eran las hembras primates».

La acreditada primatóloga norteamericana Sarah Blaffer Hrdy ha sido una de las primeras expertas en denunciar el sesgo presente en las teorías evolucionistas acerca de la selección sexual, debido al estereotipo de «la hembra ‘recatada’, sumamente discriminadora al ser cortejada por muchos machos sexualmente no discriminantes»¹¹. Esta autora, que ha realizado gran número de observaciones de campo sobre la organización social de los primates, lleva más de veinte años afirmando que las hembras tienen en realidad un rol sexual mucho más activo del que tradicionalmente se les ha concedido.

Investigando en la India a una especie de monos langures (*Presbytis entellus*), Sarah Blaffer Hrdy observó que alrededor de la época de la ovulación, las hembras buscaban activa y hasta agresivamente copular con múltiples machos. Y no sólo eso. Cuando en un grupo de monos se admitía a un nuevo macho, incluso las hembras preñadas copulaban con él. Con estas observaciones, la científica demostraba que la fecundación no es para muchas hembras el único fin del apareamiento. Afirmación que ha sido corroborada por otros estudios, ya que entre los mandriles de la sabana y los tamarindos sudamericanos, por ejemplo, se ha detectado que las hembras tienen relaciones sexuales más allá de las meramente reproductivas, y que en diversas ocasiones son ellas las que persiguen a los machos.

Blaffer Hrdy, que en la actualidad es profesora emérita de la Universidad de California, ha propuesto una interesante versión sobre la promiscuidad de las hembras langures. En ésta, y muchas otras especies de primates, los machos a veces matan a los hijos que ya tenían las hembras con las que se aparean, presumiblemente porque estiman que así sus propias crías recibirían más atención cuando nacieran. La primatóloga propone que como defensa contra el infanticidio las hembras podrían tratar de confundir a los machos sobre su paternidad ejerciendo una flagrante promiscuidad.

La idea de Sarah Blaffer Hrdy de que la promiscuidad podría tener un valor adaptativo para las hembras provocó un gran revuelo en la época en que fue propuesta por primera vez, en los años setenta. Ciertos autores pretendieron teorizar sobre su vínculo con el movimiento feminista de esos años, acusando a la científica de que sus afirmaciones constituían un producto del clima social del momento y que estaban impregnadas de las tendencias de la moda dominante. Se atribuyó a la investigadora y a quienes la apoyaban de defender un «comportamiento feminista», lo que para muchos especialistas las convertía inmediatamente en un grupo marginal.

¹⁰ C. JAHME, *Bellas y bestias. El papel de las mujeres en los estudios sobre primates*. Madrid, Ateles, 2002.

¹¹ S.B. HRDY, *The Woman that Never Evolved*. Cambridge (Mass), Harvard, University Press, 1981.

Sin embargo, los que ignoraron las observaciones de Hrdy se equivocaron. A lo largo de los años el número de casos de promiscuidad observados en las hembras primates ha ido creciendo con notable rapidez. Y no sólo porque este hecho se haya observado directamente, sino también por el desarrollo, a finales de la década de 1980, de las técnicas analíticas del ADN que han hecho posible establecer la paternidad con una certeza cercana al 100%. En efecto, los análisis biológicos permiten eliminar como posible padre a cualquier macho que carezca de un alelo particular¹² presente en los descendientes, pero no en la madre. Las «huellas genéticas», basadas en la comparación de bandas de ADN de la cría con bandas de ADN de la madre y de los posibles padres, ha generado en muchos casos resultados imprevistos.

Según ha expuesto Ann Campbell¹³, un considerable número de estudios realizados en comunidades de primates en las que existe un macho dominante no ha logrado encontrar las relaciones esperadas entre dominancia y paternidad. Los estudios tradicionales normalmente han admitido que el macho de más alto rango es quien tiene mayor éxito reproductor. Sin embargo, no siempre es así. Análisis de ADN realizados en monos como macacos, mandriles o los llamados «monos pata», han encontrado que sólo el 50% del éxito reproductivo es atribuible al rango; es decir, la mitad de las crías son hijas del macho dominante y la otra mitad fue engendrada por machos subordinados. Aunque hay que ser precavidos con estos datos, pues los resultados obtenidos aún están lejos de ser concluyentes, los especialistas hoy tienden a admitir que el rango no necesariamente implica éxito reproductor.

Las hembras de macacos han mostrado también cierta preferencia hacia lo novedoso, y los jóvenes sub-adultos procedentes de grupos extraños les resultan al parecer particularmente atractivos. Así lo reflejan los análisis genéticos, que revelan que 4 de cada 11 crías nacidas en una población eran hijas de machos de otros grupos¹⁴.

Entre los chimpancés, que recordemos son nuestros parientes vivos más próximos, en un grupo que comprendía a numerosos machos, la aplicación de las técnicas del ADN ha revelado que 7 de cada 13 crías nacidas eran hijas de machos pertenecientes a dicho grupo. Las restantes aparentemente fueron engendradas por machos procedentes de grupos vecinos con los que los investigadores ni siquiera se habían dado cuenta de que las hembras se hubieran apareado. También se han llevado a cabo pruebas genéticas en un grupo de chimpancés que sólo tenía un macho residente, y en este caso, de las 4 crías nacidas a lo largo de 6 años (1985-1991), 3 eran hijas de él. De nuevo, la cuarta cría parecía engendrada por un macho procedente de un grupo vecino¹⁵.

¹² Se entiende por *alelo* a las distintas variantes de un mismo gen.

¹³ A. CAMPBELL, *A Mind of her Own, the Evolutionary Psychology of Women*. Nueva York, Oxford University Press, 2002.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.



Estos datos hacen pensar a los expertos, con las prudentes reservas debidas a lo novedoso de los trabajos, que las preferencias de las hembras —basadas en la juventud, novedad, provisión de alimentos, acicalamiento, protección o quizás simplemente por capricho— no siempre coinciden con la jerarquía del macho dominante ni con los supuestos comportamientos de fidelidad y pasividad. Muchas de ellas, en palabras de Hrdy, «olvidaron ser recatadas» y no son tan pasivas, sexualmente tímidas o dependientes como se ha pretendido creer.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN. LA SUPERACIÓN DEL SEGUNDO SEXO

Como comentario final cabe afirmar que en la actualidad no es en absoluto aventurado sostener que las observaciones de campo de las últimas décadas tienden a refutar cada vez más el paradigma de la hembra primate sexualmente pasiva, tímida y recatada. En una extrapolación reduccionista, quizás lo más llamativo es que se resquebraja el supuesto de que la reproducción es para el sexo femenino el único fin del apareamiento y tener crías el objetivo de su vida. Una parte cada vez más significativa de los expertos actuales reconoce, o está empezando a admitir, que la sexualidad entre los primates es notablemente compleja y que implica muchos aspectos, además de la reproducción. Como bien pusiera en tela juicio Sarah Blaffer Hrdy, ya en 1981 existían serias dudas de que el rol social fundamental de la hembra fuese la perpetuación de la especie.

En resumen, la revisión de la primigenia teoría de la evolución humana ha requerido, y sigue requiriendo, retoques y matizaciones sustanciales. Este aporte de conocimientos, afortunadamente, está despojándola de prejuicios y alimentos nada científicos. El protagonismo de la mujer es uno de los casos que necesita luces de verdad y tratamientos de justicia. En buena medida, las científicas relevantes han tenido y tendrán que luchar mucho en todo tipo de foros para esclarecer esa anomalía que intenta mantener a la mitad de la humanidad como espectadora secundaria de las heroicidades de la otra parte. Es quizás una de las mejores lecciones que se extraen de esta obra magna que es la teoría de la evolución: observar que la explicación científica va más allá de las credenciales de género, y de cualquier otra procedencia, y que lo complejo no es una suma de simplezas, máxime si son incompatibles con el rigor analítico de unos hechos objetivables. Otra conquista más del género femenino en su condición de coprotagonista de la aventura humana.